

EL DEBATE MODERNIDAD/POSTMODERNIDAD EN LA INTERPRETACIÓN DEL NEOLÍTICO. UNA PERSPECTIVA DESDE LA ARQUEOLOGÍA SOCIAL (*).**THE MODERNITY/POSTMODERNITY DEBATE IN THE INTERPRETATION OF THE NEOLITHIC. A PERSPECTIVE FROM THE SOCIAL ARCHAEOLOGY.****Antonio CASTAÑEDA FERNÁNDEZ.****Tercer Ciclo. Área de Prehistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Cádiz. C/Bartolomé Llompart, s/n. 11003. Cádiz. indy_424@hotmail.com****Resumen.**

Con el presente artículo pretendemos demostrar la necesidad de adoptar una posición teórica-metodológica a la hora de realizar cualquier investigación arqueológica, así como de que ningún investigador es inocente a la hora de adoptar o no una posición teórica determinada. Además, analizaremos el contexto histórico donde germina la "Modernidad" y la "Postmodernidad". Así mismo, analizaremos el ámbito espacio-tiempo en el que nacen tanto la Arqueología Procesual, así como la Arqueología Postprocesual, el esquema conceptual que profesan a nivel general, así como su aplicación práctica en su interpretación del tránsito hacia el Neolítico. Por último, desarrollaremos una crítica desde una posición teórica alternativa, como lo es la Arqueología Social, a la hora de analizar la problemática del tránsito de sociedades de bandas de cazadores-recolectores a sociedades tribales.

Palabras clave: Posición Teórica, Modernidad, Postmodernidad, Arqueología Procesual, Arqueología Postprocesual, Arqueología Social, Economía de Producción, Formaciones Económico-Sociales Tribales.

Abstract.

With the present article we seek to demonstrate the necessity to adopt a theoretical-methodological position when carrying out any archaeological investigation, as well as that no investigator is innocent when adopting or don't unite certain theoretical position. Also, we will analyze the historical context where it germinates the "Modernity" and the "Postmodernity". likewise, we will analyze the environment space-time in which are born the Procesual Archaeology so much, as well as the Postprocesual Archaeology, the conceptual outline that you/they profess at general level, as well as their practical application in their interpretation of the traffic toward the Neolithic one.

(*). Fecha de recepción del artículo: 10-febrero-2004. Fecha de aceptación del artículo: 20-marzo-2004.

Lastly, we will develop a critic from a position theoretical alternative, as it is it the Social Archaeology, when analyzing the problem of the traffic of societies of bands of hunter-recolectores to tribal societies.

Key Words: Theoretical Position, Modernity, Postmodernity, Procesual Archaeology, Postprocesual Archaeology, Social Archaeology, Production Economy, Tribal Socio-Economic Formations.

Sumario.

1. El debate Modernidad/Postmodernidad en las Ciencias Sociales. 2. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Procesual. 3. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Postprocesual. 4. El Neolítico visto desde propuestas definidas y típicas de la Arqueología Procesual. 5. El Neolítico como símbolo y dualidad. Recientes propuestas en la Arqueología Postprocesual. 6. Una visión crítica desde la Arqueología Social.

1. El debate Modernidad/Postmodernidad en las Ciencias Sociales.

En la vida diaria estamos constantemente valorando la realidad que nos rodea y tomando decisiones sobre los diversos caminos a seguir. Dicha valoración y posterior toma de decisiones se realizan a tenor de un cúmulo de factores y circunstancias, como pueden ser: el entorno que nos envuelve, nuestro contexto espacio-temporal, la educación recibida, la cultura, la forma de ser, la ideología, etc. Por tanto, ¿es el conocimiento histórico objetivo o subjetivo?. Tal y como afirma P. Pagès, las opiniones al respecto se pronuncian “desde el extremo de quienes afirman la necesidad imprescindible de la objetividad en la Historia, hasta quienes sitúan la acción subjetiva del historiador como pilar fundamental del conocimiento histórico” (Pagés, 1985).

Bajo nuestro punto de vista, consideramos que el historiador puede ser más o menos subjetivo a la hora de tratar un determinado tema; aunque de lo que sí estamos convencidos es que jamás actuará de una forma plenamente objetiva. Siempre habrá algo que incite al individuo a actuar de un modo u otro porque “toda persona que estudia la Historia está ella misma *sujeta* a las limitaciones de su propia Historia” (Estévez y Vila, 1999:1).

Sin duda alguna, la teoría no está de “moda”. Estamos en un mundo profundamente pragmático en el que se prima la “objetividad” de las disciplinas de “ciencias” sobre las humanidades, lo que contribuye a alimentar una sociedad cada vez más deshumanizada, pragmática y sin memoria histórica. Un mundo en el que se le da una tremenda importancia a la información, a través de medios audio-visuales revolucionarios, como pueden ser la radio, la televisión, Internet, etc.; la cual consideramos inversamente proporcional a la formación de la

población que la demanda. En definitiva, un mundo cada vez más homogéneo en donde la pasividad de la sociedad va ganando terreno, en perjuicio del razonamiento y la crítica.

En este sentido, ningún investigador es inocente a la hora de interpretar y explicar el proceso histórico. No debemos dejarnos arrastrar por la pasividad y/o comodidad. Por el contrario, es necesario cultivar en todo momento dicha crítica, con el fin de buscar innovaciones, nuevos caminos en el terreno, tan olvidado, de lo conceptual-metodológico.

Por ende, abogamos por el hecho de que todo conocimiento histórico es irrefutablemente la suma de las fuentes de información (en nuestro caso del registro arqueológico) y de la interpretación del investigador. Por ello, creemos estar en lo cierto cuando exigimos la formulación de planteamientos teórico-metodológicos en toda investigación arqueológica que guíen el conocimiento histórico y le den coherencia. De ahí radica la importancia de la, tan denostada, teoría arqueológica.

En esta misma línea, frente a los conceptos idealistas de “corte”, “ruptura epistemológica” o, incluso de “paradigma”, formulados por Kuhn, nosotros preferimos el modelo de posición teórica.

Pero, ¿qué entendemos por posición teórica?. Según M. Gándara “la posición teórica determina en buena medida la manera en que se entiende el por qué hay que investigar, el qué buscamos resolver o lograr, para qué o para quién (área valorativa); en qué consiste lo que estudiamos, qué y cómo creemos que es (área ontológica); y cual es la manera en que podemos aprender sobre él y lograr lo que nos hemos propuesto (área epistemológica-metodológica)” (Gándara, 1994:74). En este sentido, que según la dialéctica materialista, la gnoseología, ontología y lógica están sujetos al llamado “principio de coincidencia” (Bate, 1998).

Tal y como afirma S. Gutiérrez Lloret, son sobradamente conocidas las luchas y enfrentamientos que se han librado entre las diferentes corrientes de pensamiento. Si bien son muchas y muy variadas, “todas las teorías pueden agruparse en dos grandes categorías de pensamiento: las posiciones materialistas y las idealistas” (Gutiérrez, 1997:90).

Por nuestra parte, lejos de todo idealismo y materialismo mecánico, adoptamos una posición teórica dialéctico-materialista de la realidad conocida como Arqueología Social. Dicha posición teórica-metodológica toma al Materialismo Histórico de K. Marx y F. Engels como teoría sustantiva, en donde se explica la realidad como una totalidad histórica. Por ende, profesamos una concepción ideológico-política vinculada al marxismo, en donde se pretende el análisis del proceso histórico de las diferentes formaciones económico-sociales.

A la hora de analizar el registro arqueológico desde una óptica materialista, se trata de inferir una serie de niveles de conocimiento. En este sentido, al definir una sociedad concreta, la Arqueología Social Latinoamericana posee unas categorías de análisis que abarca desde lo más esencial a lo más fenoménico y singular. Así, en la sociedad se aúnan dos dimensiones básicas de la materia que da lugar a la contradicción y al movimiento en el espacio y en el tiempo.

Estamos hablando de la dimensión estructural (formación económico-social, modo de vida y cultura) y la dimensión histórica (modo de producción y formación social), dentro de la cual observamos a las relaciones sociales de producción.

En otro orden de cosas, a la hora de definir los movimientos culturales conocidos como Modernidad y Postmodernidad debemos enmarcarlos en sus correspondientes contextos históricos. De este modo, la Modernidad abarca desde finales del siglo XVIII hasta la finalización de la Segunda Guerra Mundial (1945). Esta fue una era de importantes acontecimientos económicos, sociales y políticos que, como sabemos, marcaron la historia de la humanidad. Y es que, nos encontramos con una época en la que el optimismo y esperanza depositado en las revoluciones, la ciencia y el progreso era la nota predominante en el pensamiento de la sociedad. Una época en la que, a medida que se acumulaba más saber científico, más técnicas y más tecnología, las sociedades se consideraban más libres, más ideales y más prósperas.

No obstante, todos esos ideales se comienzan a desvanecer con el fin de la era de las revoluciones. El resultado fue que las sociedades continuaron siendo imperfectas por lo que la pretensión de construir una sociedad ideal se tornaba en imposible. De este modo, todos estos paradigmas se truncan definitivamente a partir del estallido de la II Guerra Mundial. A raíz de dicho acontecimiento, podemos observar una "etapa de tránsito" (1945-1970) en donde comienza a brotar el pensamiento "Postmoderno" en el seno de la Modernidad. En dicho período, no debemos olvidar acontecimientos como la Guerra Fría entre dos superpotencias como son EE.UU. y la antigua U.R.S.S., el Neocolonialismo sobre zonas como América Latina, África y Oriente Próximo; la descolonización y, por último, la revolución en el terreno de la información y comunicación (televisión, radio, ordenador, internet,...). En definitiva, la crisis de la razón ilustrada ha dado paso al triunfo de la razón instrumental.

Con la entrada en la década de los 70, coincidiendo con el auge de la teoría postmoderna, asistimos a tres hechos muy interrelacionados entre sí. Hablamos, como no, del desmembramiento de la U.R.S.S., la caída del muro de Berlín y el nacimiento de la Unión Europea (UE) como una nueva superpotencia en la lucha por el poder mundial. Todo ello da paso a la génesis del Neoliberalismo y/o al "Gran Capitalismo" o "Capitalismo Salvaje" de la mano de políticos como R. Reagan y M. Thatcher.

No obstante, la caída de la Modernidad no afecta en un sentido radical a los principios mismos del propio pensamiento moderno (libertad, racionalidad, igualdad, democracia, justicia,...). Es más, no son los mismos principios la causa de la crisis, sino el advenimiento de la sociedad industrial como consecuencia de la Modernidad (Abellán, 1994). Dichos principios sirven para enmascarar el pesimismo en el que estamos inmersos.

Desde los años 70 hasta la actualidad, el debate Modernidad-Postmodernidad está más vivo que nunca. En él confluyen autores de la talla de Hassan, Jencks, Lyotard y Habermas.

Todos ellos coincidentes en una cuestión: en el horizonte de la Democracia Liberal “no podía haber nada más que capitalismo” (Anderson, 2000:66).

No obstante, ninguno de ellos se aventuró a analizar los orígenes mismos de la Postmodernidad. En su lugar prefirieron ofrecer una serie de explicaciones idealistas, sin un horizonte teórico coherente y ni tan siquiera una reflexión ontológica seria. En definitiva, ninguno de estos pensadores hizo apenas caso sumiso a los desarrollos en la cultura, la política o en los cambios de la vida socioeconómica. Cosa que sí se empezó a plantear el crítico marxista Fredric Jameson cuando comienza a indicar cuestiones como que la Postmodernidad, lejos ya de ser una ruptura estética o cambio epistemológico, se convierte en la seña cultural del nuevo modo de producción dominante a escala mundial (Jameson, 1996). Por tanto, sin lugar a dudas, la teoría postmoderna está vinculada ideológicamente tanto a la derecha, así como al neoconservadurismo (Anderson, 2000).

En este sentido, “Modernidad” y “Postmodernidad” forman parte del modo de producción Capitalista. Hoy por hoy, estamos presenciando el triunfo del modo de producción capitalista liberal a escala global, con el libre mercado como base de la estructura económica y la Postmodernidad como superestructura ideológica la cual justifica y legitima ideológicamente al sistema.

En un mundo cada vez más globalizado, la Postmodernidad, en vez de integrar, acoge a todas las diferencias en torno a la cultura occidental, dando lugar a un eclecticismo y un sin sentido. P. Anderson, asiente con dicha postura afirmando que “todo puede desaparecer, volatilizado en la licuadora del postmodernismo, pero el capitalismo permanece intacto como motor de su dinámica” (Anderson, 1998:82).

Existen autores los cuales con la llegada del neoliberalismo, todo parece acabar, la lucha ya no tiene sentido porque todas las minorías, todas las opiniones y corrientes teóricas están recogidas en éste movimiento. Este es el caso de F. Fukuyama, para él, la democracia liberal es el ideal a conseguir y, por tanto, “el punto final de la evolución ideológica de la humanidad, la forma final de gobierno y el fin de la Historia” (Fukuyama, 1992:11). Aún a raíz de los terribles sucesos acontecidos el 11 de septiembre, F. Fukuyama no duda en escribir un artículo en *El País* el domingo 21 de octubre de 2001, titulado: *Seguimos en el fin de la historia*, en donde sostiene que “seguimos estando en el fin de la Historia porque sólo hay un sistema de Estado que continuará dominando la política mundial, el del occidente liberal y democrático. Esto no supone un mundo libre de conflictos” (Fukuyama, 2001:22).

Tras plasmar esta serie de comentarios, decir que discrepamos totalmente en sus análisis imbuidos de occidentalismo, neocolonialismo y neoconservadurismo. Por nuestra parte, concebimos la Historia en continua transformación. La mayor parte de la Historia de la humanidad ha estado condicionada por la hostilidad entre amos y esclavos, señores y siervos, burgueses y proletarios, en definitiva, opresores y oprimidos. Todos estos choques antagónicos

se han saldado con lo que se ha denominado, en términos marxistas: “lucha de clases”, dando origen a un nuevo modo de producción.

El actual modo de producción capitalista, no es, ni mucho menos, la panacea, ni el paraíso, tal y como nos lo pretende “vender” Fukuyama. Los grandes empresarios, élites locales y políticos, se enriquecen cada vez más, no porque “la tecnología hace posible la acumulación ilimitada de riquezas, y con ello la satisfacción de una serie siempre en aumento de deseos humanos” (Fukuyama, 1992:15); sino gracias a los excedentes obtenidos, por un lado, de la contradicción interna existente dentro del sistema entre la fuerza de trabajo y las relaciones de producción y, de otro, por la masiva salida de capitales procedentes de los países menos favorecidos. Este hecho se evidencia por el contraste entre una minoría privilegiada que celebran cuando “se venden” al capitalismo, frente a una inmensa mayoría de la población que lucha día a día por sobrevivir (Chomsky, 1997).

Y no sólo eso, los crecientes movimientos antiglobalización (casualmente olvidados tras el 11-S), así como el, ya citado, ataque a las “Torres Gemelas” (Nueva York) y al Pentágono (Washington) en el trágico 11 de septiembre de 2001, son síntomas claros de la contradicción interna global, unido a la lucha de clases a escala mundial en la que estamos inmersos. Continuamos en la lucha de clases, al tiempo que continúan existiendo opresores (países con modo de producción capitalista) y oprimidos en el marco del neoliberalismo, como estructura económica predominante y del postmodernismo como legitimador del sistema.

En este sentido, EE.UU., país neoliberal por excelencia, se ocupará de defender sus intereses, así como los de una minoría privilegiada, tanto en el plano ideológico (con pensadores como F. Fukuyama), como militar, a través de intervenciones como *Tormenta del desierto*, *Operación Libertad Duradera* y/o la reciente invasión a Irak para derrocar el régimen de Sadam, que no hacen otra cosa sino preservar el sistema vigente (Chomsky, 2002), dado que, en estos casos se supone que poco o nada importe que “el fin justifique los medios”.

Para terminar, tan sólo decir que este marxismo, vivo, autocrítico y antidogmático, continúa siendo una alternativa viable para acabar con la explotación y opresión de los hombres y pueblos del mundo. En palabras de P. Anderson, “debemos dar un paso más allá del orden mundial dominante, el cual tan sólo se consigue a través de una radical transformación política y no metafísica” (Anderson, 1998:90).

2. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Procesual.

La llamada “Arqueología Procesual” o “Procesualismo” germina en el seno de la llamada “Modernidad” a la que hacíamos alusión. Aquí, la órbita anglosajona Procesualista (EE.UU. e Inglaterra) vence a la órbita francesa Historicista Cultural. Este hecho, no se produce como consecuencia de una nueva “moda” historiográfica, sino que, por el contrario, surge como respuesta a una nueva coyuntura político-económica (Ramos, 1999). Y es que, tal y como

sostienen J. Estévez y A. Vila, “la alternativa del *Materialismo Cultural* o del *Neo-Funcionalismo* venía empujada por la nueva potencia dominante mundial” (Estévez y Vila, 1999:203). Sin duda alguna, la Modernidad, consciente o inconscientemente, hace uso de las teorías adaptacionistas con el fin de justificar y legitimar el modo de producción capitalista incipiente.

El origen del funcionalismo se rastrea allá por la segunda mitad del siglo XIX, concretamente en la Antropología Social. Los autores vinculados a dicha antropología fueron Malinowski y Radcliffe-Brown (1881-1955). Dichos enfoques, contra el difusionismo y el particularismo histórico, se preocupaban por analizar el funcionamiento de las culturas prehistóricas como sistemas independientes. Así, se consideraban a las sociedades prehistóricas “sistemas integrados, cuyas instituciones estaban interrelacionadas como las partes de un organismo vivo” (Trigger, 1992:232).

Por aquel entonces, los estudios etnográficos crecieron en importancia, en detrimento de las visiones Histórico-Culturales y difusionistas, las cuales quedaron algo desplazadas. Sin duda, la práctica de dicha Arqueología era de gran utilidad para el colonialismo practicado por el Imperio Británico, con objeto de conocer bien a los pueblos indígenas para, poder dominarlos con más facilidad.

Ya en 1840, observamos la presencia del Funcionalismo Ambiental, enfoque propio en los trabajos arqueológicos escandinavos. En dicha visión, podemos apreciar un creciente interés por las relaciones entre las culturas prehistóricas y su contexto medioambiental. Muchos fueron los autores que estaban vinculados a esta corriente, entre ellos destacamos a Worsaae (1840), al geólogo R. Gradmann (1898), R. Pumpelly (1904), C. Fox, W.G. Clark, J.P. Williams-Freeman, H. Fleure y W.E. Whitehouse (1923); E. Smith y T. Cherry (1915).

Más tarde, en Europa, nos encontramos con enfoques económicos de la mano de V.G. Childe (1930), el cual profesó diversas visiones de la Arqueología vinculadas con la subsistencia, las relaciones sociales, el desarrollo y excedente económico, hasta llegar, incluso, a una concepción marxista de la Historia, a tenor de la influencia recibida de la Arqueología Soviética.

En 1939 entra en juego G. Clark, el cual identificaba la cultura con un sistema, formado por aspectos económicos, políticos, sociales y de creencias; sujeto a los condicionantes ecológicos de su entorno inmediato. Por otra parte, defendía el cambio cultural como respuesta a desequilibrios externos al sistema, provocados por cambios climáticos, incrementos/descensos demográficos, innovaciones tecnológicas o contactos culturales.

Durante la década de los 40 y 50 del siglo XX, tiene lugar la Arqueología ecológica y de los asentamientos. Así, J. Steward junto a F.M. Setzler, manifiestan en varias investigaciones el importante papel desempeñado por los factores ecológicos en la formación de los sistemas

socioculturales prehistóricos. Para tal fin, los arqueólogos olvidan las tipologías y estudian los cambios en las economías de subsistencia, tamaño de la población y modelos de asentamientos.

En la década de los 50, EE.UU., tal y como tuvimos oportunidad de señalar en el anterior apartado, goza de un gran optimismo, autoconfianza y una fe ciega en el progreso tecnológico. Dicho reconocimiento, no tardará en manifestarse a través de dos de las corrientes más importantes en la historiografía. Hablamos de la Nueva Arqueología y el Neoevolucionismo.

A diferencia de los evolucionistas del siglo XIX, neoevolucionistas tales como L. White, J. Steward, M.D. Sahlins, E.R. Service; o el materialista cultural M. Harris (1979); sostienen que los seres humanos, poco creativos individualmente, tienden a preservar su estilo de vida a menos que sean forzados al cambio por factores ajenos a su voluntad. Estamos ante un determinismo tecnológico, ecológico y económico que los neoevolucionistas traducen en términos de “complejidad”. Tal y como afirma el investigador B.G. Trigger, “esto parece reflejar la diferencia entre el primer estadio del capitalismo, cuando todavía se apreciaba la iniciativa individual, y una segunda fase mucho más desarrollada dominada por las corporaciones multinacionales, donde el papel del individuo deja de idealizarse como factor principal dentro del crecimiento económico” (Trigger, 1992:272).

A partir de la década de los 60, la integración y reacción crítica al unísono de todas las corrientes anteriores contra la Arqueología Tradicional en pro de una Arqueología más científica y antropológica, provoca el nacimiento de la Nueva Arqueología Americana, Arqueología Procesual o Arqueología Científica de la mano de L. Binford. Dicho investigador, entiende el objetivo de la Arqueología como el análisis y explicación, tanto de similitudes, así como de diferencias, a la hora de hablar del comportamiento humano, basándose en el estudio etnográfico comparativo o Arqueología Experimental. Estamos ante un modelo que vincula las culturas con la biología, y que muestra un interés por la ecología y los sistemas de subsistencia. Además, conciben el cambio cultural basándose en una visión evolucionista de la realidad, por lo que, en todo momento, se intentaba analizar las regularidades del proceso.

El trabajo de L. Binford merma entre los más jóvenes, a saber: P. Martín (1971), C. Renfrew (1979, 1984), D. Clarke (1968) y Flannery (1972). De esta manera, nace la Teoría General de Sistemas, la cual se preocupa de analizar tanto el nivel de funcionamiento complejo de los sistemas, así como los factores externos al propio sistema que provoca cambios en la estructura del mismo (Trigger, 1992:288).

Durante la década de los 80, nos encontramos con autores que continúan combinando la etnografía con la Arqueología, con objeto de definir el nivel concreto de complejidad existente. Estamos hablando de L. Binford (1980), A. Testart (1982), Hayden Douglas y Bronw (1985). A partir de ahora se prefiere hablar de los niveles de complejidad, en función de algunas claves,

como son: intensidad de explotación del medio, patrón de asentamiento, territorialidad y las redes de interacción social que dan lugar a un desarrollo sociológico (Palacio, 2001).

En la actualidad, la Arqueología Procesual continúa siendo la abanderada en la lucha contra la Arqueología Tradicional con su visión funcionalista y Procesual de la Arqueología.

En este sentido, uno de los objetivos del Procesualismo es la búsqueda de causas y efectos, la reconstrucción del propio sistema, así como las interacciones internas propias de dicho sistema con el medio que le rodea. En líneas generales, todos los autores procesuales tratan de conjugar, diferentes variables de análisis, como pueden ser: tecnología, espiritualidad, economía y patrones de asentamiento. Dichas variables constituyen subsistemas interrelacionados dentro de un gran sistema, de forma que una alteración en uno de ellos conllevaría a un cambio en el resto de la organización sistémica. (Arias, 1992; Straus, 1983; Zvelebil, 1986).

Por otro lado, los cambios sistémicos vienen explicados por motivos externos al propio sistema, como consecuencia directa de la adaptación del hombre al medio. En este sentido, se considera al individuo, no como una pieza activa dentro del cambio, sino como un sujeto pasivo dentro del complejo engranaje sistémico. En definitiva, tal y como afirma el profesor José Ramos, en el modelo funcionalista “el determinismo ecológico es tal que cambia sus técnicas cuando cambia el clima. La *adaptación* lo explica todo” (Ramos, 1999:371).

En este sentido, L.G. Straus, a la hora de posicionarse, no duda en afirmar que “según la visión teórica que define la cultura como el conjunto de los medios extrasomáticos para la adaptación, los restos de industria y de estructuras prehistóricas son indicios que tienen que ser interpretados para llegar a esta comprensión, por parcial que sea” (Straus, 1983:7). Así, los humanos, como partes de su adaptación cultural, han fabricado objetos funcionales en el contexto económico, sociológico e ideológico, en función de sus necesidades adaptativas.

En definitiva, a la hora de evaluar el registro arqueológico, es de vital importancia tanto los estudios funcionales de la industria, así como la reconstrucción medioambiental, dado que constituyen elementos claves a la hora de realizar inferencias sobre los procesos adaptativos. (Arias, 1991; Zvelebil, 1986).

Frente a todas estas concepciones ambientalistas y adaptativas, las cuales poseen una concepción ecologizante del hombre, tenemos una visión del concepto antrópico nada indiferente, sino contradictoria, cambiante y transformadora, en relación directa con su contenido social. En este sentido, entendemos la acción humana a partir de las relaciones sociales entre los hombres para, una vez organizados, establecer posteriormente relaciones sociales con la naturaleza “no en términos ecológicos, sino en términos de la explotación de sus recursos” (Arteaga, 1995:152).

Contra esa concepción de la humanidad, transformadora del medio que le rodea, la Arqueología Procesual busca formulas con el fin de analizar en el registro arqueológico las

diversas adaptaciones que se puedan originar. En este sentido, manifestando además, su visión antagónica respecto a los estudios morfológicos-descriptivos de la Arqueología Tradicional, el Procesualismo analiza pormenorizadamente los, ya mencionados, datos paleoclimáticos, así como la funcionalidad de los artefactos. El objetivo, no es otro, sino el hecho de determinar el grado de adaptación del hombre con el medio natural, estableciendo así un modelo general de sistemas. De este modo, tanto la tecnología, como las estrategias económicas estaban ligados a la perspectiva adaptativo-ecológica.

A través de las propuestas medioambientalistas, asistimos a un reduccionismo de la conducta humana. Por ello, compartimos la idea de que “el hombre no se *adapta* al medio sino que el desarrollo de la tecnología le ayuda a superar y transformar el medio” (Ramos, 1999:57). En esta misma línea de argumentación se mueven J. Estévez y A. Vila cuando aseveran que desde el Materialismo Histórico se analiza la dialéctica entre la sociedad con su entorno natural con el fin de obtener los datos necesarios que nos ayuden a dilucidar los procesos de desarrollo y transformaciones de los sistemas económicos (Estévez y Vila, 1999).

Está suficientemente claro que en la Arqueología Procesual se evidencian separaciones entre la tecnología y la sociedad, así como de ésta con la economía. Todo ello queda brutalmente restringido a la mera adaptación en función de cambios externos al sistema. El Procesualismo se ocupa de describir procesos más que de explicar cambios. Como consecuencia de este reduccionismo explicativo vinculado al factor biológico, existe una preocupación constante por el territorio. Por ello, se sirven, al igual que lo hacen con la funcionalidad de los artefactos, de la llamada “Arqueología Espacial”, de la mano de investigadores como Clarke, Hodder y Orton, los cuales buscan en todo momento indicios de cambios ambientales que puedan repercutir directamente en las estrategias de adaptación.

Al hilo de lo dicho, no le faltan razones al investigador Oswaldo Arteaga para pensar que tanto “la teoría funcionalista del espacio, como la teoría estructuralista del paisaje, pueden quedar debatidas desde la proyección dialéctica del proceso histórico, que nosotros plasmamos en la teoría del espacio social” (Arteaga, 1995:132).

En otro orden de cosas, decíamos que uno de los objetivos de esta corriente consiste en elaborar una serie de leyes científicas generales y universales en donde se haga hincapié en la objetividad, el neopositivismo y el pragmatismo. Con todo, y gracias al apoyo de la Filosofía de la Ciencia, se aboga por el método hipotético-deductivo, con el fin de definir el funcionamiento y los posibles cambios de un Sistema a otro. En este sentido, se aprovecha en todo momento las, tan “de moda”, ciencias auxiliares como la Arqueología Espacial, análisis de C-14, aspectos paleoeconómicos, análisis de huellas de uso,... en forma de cuadros, tablas, gráficos; así como métodos de excavación y nuevas técnicas arqueológicas, estudios arqueobotánicos y arqueofaunísticos, etc... con el fin de determinar posibles adaptaciones. (Arias, 1991; Straus, 1983; Zvelebil, 1986).

No obstante, “si se utiliza el mismo sistema clasificatorio de base, por muy sofisticado que sea el sistema de análisis estadístico multifactorial, no va a salir nada sorprendente que no se haya detectado a primera vista” (Estévez y Vila, 1999:204). En definitiva, hay ocasiones en las que se llegan prácticamente a las mismas conclusiones que en el pasado, a través de métodos y técnicas distintas con objeto de parecer algo más “científico”. Por tanto, si bien “había una aspiración a la modernización, a la adopción de criterios racionales, científicos y objetivos, existía también un deseo de no ruptura, y un estado de conocimiento de la teoría social perceptiblemente atrasado y conservador” (Estévez y Vila, 1999:203).

Sin duda debemos valorar a la Arqueología Procesual como alternativa respecto de la Arqueología Tradicional. En esta línea, existen avances en esta corriente teórica, sin embargo “hay que recordar el origen Epistemológico de la corriente, su débil concepto de la Historia, y el enfoque tan biologicista que realizan de las relaciones hombre-hombre (no entrando en la problemática de las relaciones entre fuerzas productivas-recursos, con las relaciones sociales de producción)” (Ramos, 1999:42).

Igualmente, “desde la propuesta social la *adaptación* no puede ser la respuesta universal. Fueron fundamentalmente las sólidas relaciones sociales, en el marco de una sociedad igualitaria, los que posibilitaron capacidades de superar y dominar al medio” (Ramos, 1999:372). Estamos ante una corriente que analiza cómo funcionan las sociedades, aunque queda un vacío explicativo en lo que a cambio cultural se refiere, identificando al ser humano como un mero animal conservador que no transforma, sino que, por el contrario, se adapta a todo tipo de ambientes, circunstancias, así como incluso a coyunturas socio-económicas y políticas.

Los ideales de “progreso” y “desarrollo” civilizatorio durante la Modernidad, sirven para justificar, legitimar y encubrir los modelos invasores, conquistadores y colonizadores que han forjado la imagen de la civilización occidental, en razón de tres modelos, como son: “el del imperialismo grecorromano durante la Antigüedad, el del imperialismo europeo en la Época Moderna, y el del actual imperialismo capitalista en el llamado Tercer Mundo” (Arteaga, 1995:155).

Para concluir, tal y como afirma J. Estévez y A. Vila “la *cultura como adaptación* no supera tampoco el nivel descriptivo. La explicación es *ahistórica*, la respuesta última ya es conocida: la selección de la mejor adaptación. Es decir, hoy día, por ejemplo, el mejor sistema posible es *el capitalismo de libre mercado*. La conclusión sería: *hay que adaptarse*” (Estévez y Vila, 1999:281).

3. Perspectivas conceptuales de la Arqueología Postprocesual.

Al igual que la Arqueología Procesual estaba respaldada por la llamada “Modernidad”, la “Arqueología Postprocesual” hace lo propio con el movimiento “Postmoderno” o

“Postmodernidad”. Dicha Arqueología Postprocesual o postprocesualismo, nace en el contexto de neoliberalismo y globalización existentes en la actualidad, del que ya tuvimos oportunidad de analizar. Estamos hablando pues, de la sociedad capitalista tardía y/o post-industrial, así como de una visión de la Arqueología que constituye una auténtica seña cultural de una nueva etapa dentro del modo de producción capitalista.

En esta misma línea, a la hora de describir el contexto concreto en donde germina dicha Arqueología, decir que nace en la década de los 80, en un afán por demostrar actitudes anarquistas contra el poder. Así, el caldo de cultivo fueron tanto la Inglaterra de M. Thatcher (1979); así como los movimientos estudiantiles de finales de los 60 en EE.UU. (Patterson, 1989).

Al definir el concepto “Postprocesual”, podemos observar cómo el prefijo “post-” tiene un doble significado. Por un lado, significa “romper” de una manera tajante con lo anterior, en este caso con lo Procesual. No obstante, no pensamos que tal prefijo pretenda desmarcarse del Procesualismo sino que, por el contrario, defendemos una continuidad de tal corriente, en donde se intenta ir más allá de las meras concepciones positivistas de la realidad.

Sea continuidad o ruptura, es evidente el intento de cambio de rumbo acontecido desde una Arqueología Procesual a otra Postprocesual marcado por la impronta de una serie de transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales. Así pues, a finales de los años 60 y comienzos de los 70, nos encontramos con un movimiento crítico promovido por un nutrido grupo de arqueólogos anglosajones en contra del evolucionismo, neoevolucionismo, ecologismo y materialismo de décadas anteriores. Dicho grupo estaba inspirado en los enfoques marxistas de la antropología francesa y británica por parte de los antropólogos M. Godelier, E. Terray, P.P. Rey y el filósofo L. Althusser, todos ellos imbuidos en un esfuerzo por integrar marxismo y estructuralismo; en el antipositivismo de la Escuela de Frankfurt con su “Teoría Crítica” como estandarte de pensamiento; en los movimientos paramarxistas liderados por J. Habermas y H. Marcuse; en la teoría anarquista del conocimiento de P. Feyerabend; en los análisis económicos de C. Meillassoux; así como en los filósofos por excelencia del pensamiento Postmoderno: F. Nietzsche, Wittgenstein y M. Foucault (Trigger, 1992).

En definitiva, tal y como podemos observar, la Arqueología Postprocesual constituye una corriente heterogénea, plural y sin límites en lo que a puntos de vistas se refiere aunque, con el fin, tal y como ocurrió con la reacción de la Nueva Arqueología a tenor del monopolio de la Arqueología Tradicional, de derrocar al positivismo imperante emanado de la Nueva Arqueología. En definitiva, se trata, en todo momento, de realizar un viaje hacia el mundo de las ideas de las comunidades del pasado.

Renace así un nuevo interés por la Arqueología Histórico-Cultural, tan ignorada por la Nueva Arqueología. En este sentido, se comienza a tener en cuenta una serie de cuestiones, tales como: la Historia centrada en el ser humano, importancia del contenido significativo, la

necesidad de explicar el cambio cultural, acercar la Arqueología a las Ciencias Sociales, considerar al individuo como un ser activo, defender la importancia del contexto y respaldar la base social del conocimiento (Trigger, 1992).

A partir de todo lo expuesto, se cae en un claro e inevitable eclecticismo, relativismo extremo y neoidealismo. Tanto es así que para los arqueólogos postprocesuales, no hay que sellar ningún camino epistemológico, puesto que todos los caminos son válidos. Tal y como afirma I. Hodder, uno de los promotores de la Arqueología Postprocesual, en la sociedad globalizada en la que vivimos es necesario una nueva Arqueología informatizada y globalizada que logre integrar todos los intereses, puntos de vista, técnicas, etc. con el fin de crear una "Arqueología de la Diversidad" (Hodder, 1999). Por todo ello se observa el peligro de caer en el igualitarismo intelectual, en un nihilismo filosófico, en donde el "todo vale" puede estar acompañado por una Arqueología fácilmente manipulable que apoye todo tipo de causas e intereses. Asimismo, M. Johnson, no quiere ser menos que sus colegas y sostiene que la diversidad de planteamientos en Arqueología es siempre enriquecedora e incluso las explicaciones sobre el pasado ganan en veracidad. El Postprocesualismo es, en definitiva, una posición epistemológica general, válida para cualquier cosa (Johnson, 2000).

En definitiva, desde una visión de la Arqueología Social, investigadores como el caso de J. Ramos Muñoz rechazan esta visión ecléctica de la realidad. Así, dicha pretensión de querer integrar corrientes tan antagónicas, como son el Estructuralismo y el Marxismo, da como resultado una visión muy pobre sobre ellas, traicionando así ambos enfoques (Ramos et al., 2002).

A todos los autores postprocesuales, dentro de las lógicas diferencias entre los investigadores, impera un único objetivo: la necesidad de una percepción de contenido más significativo en Arqueología, debido al dominio, casi exclusivo, del que ha gozado, y continúa gozando, el positivismo de la mano de la Arqueología Procesual.

Entrando ya en el análisis pormenorizado de los diferentes pilares básicos en donde se sustenta ésta corriente teórica, decir que uno de los rasgos distintivos del Postprocesualismo es su rechazo de la oposición entre lo material y lo ideal. En teoría, se pretende dicha integración entre ambas visiones aunque, en la práctica, prima la casi exclusividad de la instancia simbólica e ideal, con el individuo como único agente (Collingwood, 1952; Criado, 1993a; Hernando, 1994; Hodder, 1994; Ingold, 1980).

Así, pues, la totalidad de dichos conceptos se deben relacionar dialécticamente, puesto que "cualquier enfoque que defienda un idealismo o un materialismo estrictos pasa por alto la relación dialéctica entre lo ideal y lo material" (Hodder, 1990b:381). No obstante, Hodder cae en una contradicción cuando en trabajos posteriores afirma que "son las ideas, las creencias y los significados los que se interponen entre la gente y las cosas" (Hodder, 1994:17).

Dentro de este debate suscitado entre lo material y lo ideal, partiendo desde parámetros de la Arqueología Social, el análisis del pasado debe hacerse a partir de la determinación dialéctica suscitada entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Por su parte, la superestructura ideológica actuaría como “tapadera” de las posibles contradicciones internas existentes entre ambas instancias.

Otro de los pilares básicos del *corpus teórico* de la Arqueología Postprocesual es su defensa del relativismo contra la objetividad del procesualismo. (Criado, *et al.*, 1991; Johnson, 2000; Bradley, 1998). Así, para I. Hodder es necesario resaltar lo subjetivo sobre lo objetivo. Para este autor, la Arqueología necesita de una teoría para avanzar en la comprensión del pasado (Hodder, 1987). Siempre debe existir un diálogo y una crítica entre los datos y la teoría, es decir, entre descripción e interpretación, en contra de la separación entre teoría y datos, defendida por la Nueva Arqueología. No obstante, Hodder cae en un eclecticismo y en un relativismo extremo cuando defiende un Método Inductivo en investigación, mediante el cual “podemos ajustar teorías a los datos tan sólo lo mejor y lo más críticamente que podamos, eligiendo entre teorías rivales, viendo cuál de ellas se ajusta mejor” (Hodder, 1994:163).

A tenor de dicho relativismo, los arqueólogos procesuales denuncian la tremenda incoherencia epistemológica y ontológica de esta corriente, debido a su identificación con un modelo simbólico-estructuralista, a sus contradicciones (entre objeto y sujeto), así como la inexistencia de un cuerpo teórico-metodológico (muy característico de la Arqueología Contextual). En definitiva, estamos ante un conocimiento, lejos de la ciencia y de la objetividad, en el que toda comprensión histórica es acientífica y subjetiva (Ruiz, *et al.*, 1988).

No obstante, según I. Hodder, los arqueólogos procesuales ignoran la evidencia histórica, los significados y la acción social. Como alternativa, Hodder propone una ciencia arqueológica interpretativa que utiliza métodos hermenéuticos, como veremos más adelante (Hodder, 1990b).

En definitiva, tiene razón el investigador J. Ramos cuando sostiene que el relativismo le sirve a la Arqueología Postprocesual como herramienta para defender con garantías su diversidad de planteamientos y enfoques (Ramos *et al.*, 2002). Por ende, deseamos tanto la opinión de los positivistas en la que apoyan una Arqueología objetiva y cientificista; así como de la Arqueología Postprocesual, en la que se vuelcan en la práctica de un subjetivismo extremo.

Otra de las características claves del Postprocesualismo es el hecho de apostar porque el individuo no sea un mero sujeto pasivo de un sistema adaptativo sino que, por el contrario, actúa en el seno de la sociedad. En este sentido, los postprocesuales apuestan por el análisis de lo particular sobre lo general. Sin ir más lejos, I. Hodder, se acerca al análisis del individuo en sí. En este sentido, la cultura material “no refleja pasivamente la sociedad, más bien crea la sociedad por medio de las acciones de los individuos” (Hodder, 1994:20). Por tanto, contra todo

enfoque determinista medio-ambiental, “no somos simples peones en un tablero, determinados por un sistema, sino que usamos centenares de miles de medios, incluyendo el simbolismo de la cultura material, para crear nuevos roles, redefinir los ya existentes y negar la existencia de otros” (Hodder, 1994:22). Por ende, el individuo tiene mucho que decir en todos y cada uno de los cambios culturales y sociales.

Estamos de acuerdo, en contra de lo que opina la Arqueología Procesual, en que el individuo es activo en el seno de la sociedad. Sin embargo, desde una óptica de la Arqueología Social, pensamos que la sociedad es dinámica en su conjunto, y no sólo dentro del mundo de las ideas, sino que también lo es a la hora de transformar el mundo real, partiendo de la estructura económica, base de toda formación económica-social.

De mismo modo, la Arqueología Procesual, en defensa de la generalización de los datos, critica la atención casi exclusiva del sujeto. Y es que si cada individuo crea su propia Historia, estaremos haciendo un flaco favor a la ciencia en beneficio del caos y el “sin sentido” (Ruiz, *et al.*, 1988:16).

En definitiva, tal y como afirma I. Hodder, “la Arqueología Procesual fue demasiado lejos al rechazar la Historia y la contribución que lo particular puede aportar a lo general” (Hodder, 1990b:381). Por contra, “los enfoques interpretativos o contextuales tratan de ser más sensibles a la diferencia del caso particular, al mismo tiempo que admiten la necesidad del conocimiento general” (Hodder, 1990b:381).

Desde la visión de la Arqueología Social, debemos decir que la realidad es sólo una, y su estudio puede formularse en diferentes niveles de generalidad o particularidad. A partir de dichos niveles de conocimiento, el arqueólogo trata de inferir los procesos sociales, las relaciones sociales y las formaciones socioeconómicas (Bate, 1998).

En otro orden de cosas, con el fin de conseguir un contenido significativo en Arqueología, la Arqueología Postprocesual se sirve tanto de la llamada “Arqueología Contextual” o “Arqueología de la Percepción” (Criado, 1998; Criado, 1993b; Criado y Vaquero, 1993; Hodder, 1994; Johnson, 2000; Hodder, 1999), así como de la Hermenéutica. En este sentido, I. Hodder sostiene que “la hermenéutica implica la comprensión del mundo no como si de un sistema físico se tratara, sino como un objeto del pensamiento y de la acción humana” (Hodder, 1994:161). El significado de la cultura material se extrae del mismo modo que lo hacemos con un texto (Collingwood, 1952). En esta misma línea, tal y como afirma S. Gutiérrez, para la Arqueología Postprocesual, “la cultura se concibe como un sistema de signos organizados por las estructuras profundas de la mente, que son inconscientes y comunes a toda la especie humana” (Gutiérrez, 1997:106; Miller, *et al.*, 1989).

Con el fin de profundizar en la estructura económica y en las relaciones de producción, la Arqueología Social atiende a la cuantificación de la tecnología para averiguar el nivel de implicación de las fuerzas productivas, así como a utilizar el modelo etnoarqueológico del

registro. Además, se sirven de la información contextual, no para conocer la adaptación del hombre al medio natural ó para conocer el sistema de raciocinio del individuo en cuestión; sino para delimitar y definir espacios sociales en macroespacios (entorno natural) y microespacios (estructuras y áreas de actividad).

Otro de los rasgos de la Arqueología Postprocesual es la vinculación que pretende volver a conseguir entre la Arqueología e Historia, en contraposición con la relación existente entre Arqueología y Antropología, tan característica de la Arqueología Procesual y funcionalista.

Este afán por el hecho de que la Historia vuelva a renacer, o mejor dicho, se consolide la Arqueología Tradicional, Arqueología Normativa o Historicismo Cultural es la que siguen investigadores como A. Whittle, cuyas investigaciones impregnadas de idealismo nos recuerda a los trabajos de principios de siglo (Whittle, 1998). Y es que, tal y como ocurría antaño con el Historicismo Cultural, y aún continua sucediendo en la mayoría de trabajos de los investigadores, los datos arqueológicos vuelven a ser un fin de estudio. No le faltan razones a J. Estévez y A. Vila cuando afirman que los postprocesuales “intentan una *synthesis ecléctica* que incorpore lo *nuevo* conservando lo antiguo” (Estévez y Vila, 1999:278).

Con todo ello, se intenta crear una “Nueva Historia Social” y “Nueva Historia Cultural”, vinculado a la Microhistoria, Historia de las Mentalidades o, incluso, una “Arqueología de la Identidad”, formulada por Almudena Hernando, la cual pretende abarcar una Historia de la Arqueología, formular una correcta interpretación de las culturas preritas, teniendo en cuenta que su concepción del mundo era bien distinta a la nuestra; y, por último, buscar nuestra propia identidad a partir del estudio del pasado, puesto que la identidad de todos los grupos humanos es básicamente la misma (Hernando, 2002; Hodder, 1987; Hodder, 1994; Hodder, 1990b; Criado, 1993a; Johnson, 2000).

El arqueólogo adscrito a la Arqueología Social se preocupa por analizar e inferir, más que lo material o lo ideal, la formación económico-social a partir del registro arqueológico y su contexto, con el objetivo de formular hipótesis sobre el modo de producción, modo de vida, y modo de trabajo. De esta manera, debemos aspirar a la explicación de la realidad como totalidad histórica concreta. Por tanto, la descripción de regularidades generales constituyen los objetivos inmediatos de las instancias que son pasos indispensables hacia el objetivo central (Bate, 1998).

En esta misma línea de analizar el pensamiento y el significado del pasado, el Postprocesualismo considera más importante el binomio religión-ideología sobre la estructura económica. Así, nos encontramos con nombres propios como: Miller, Tilley, Comad, Demarest, Kristian, Kristiansen, M.P. Pearson, M. Braithwaite y J. Habermas. Todos ellos consideran que la ideología constituye un elemento que condiciona las relaciones sociales y la oculta. Se toma así a la Arqueología como una disciplina ideológica y subjetiva, frente a la pretendida objetividad de la Nueva Arqueología, condicionada por los intereses de los arqueólogos.

Así, en la actualidad, para Hodder la Arqueología juega un papel muy importante en el siglo XXI, en pro de la necesidad de homogeneización y diferenciación de identidades (minorías étnicas, feminismo, marginados, indígenas,...), de emancipación o dominación. Por tanto, el futuro de la Arqueología debe estar en la fluidez y en las redes, más que en las dicotomías y los límites (Hodder, 1998).

No obstante, desde la Arqueología Social pensamos que no sólo debemos quedarnos anclados en el análisis de la superestructura ideológica para comprender nuestro pasado y poder transformar así la realidad. En esta línea, debemos estudiar primero la estructura económica, motor de la realidad, a partir del cual se crea la superestructura para legitimar el sistema. Criticamos, por tanto, este neoidealismo en el que pretenden la transformación del mundo a partir del mundo de las ideas y no desde la realidad misma.

Para terminar, decir que “la Arqueología Postprocesual, pues, implica la superación de dicotomías establecidas, presupuestos, y abre el camino al estudio de las relaciones entre norma e individuo, entre proceso y estructura, entre lo ideal y lo material, entre objeto y sujeto” (Hodder, 1994:190). En esta misma línea, “tanto el análisis Procesual como el Estructuralista o el Marxista parecen insuficientes por lo que se refiere a su capacidad para explicar adecuadamente el pasado, porque se niegan a abordar el contenido de los significados históricos y el tema del origen y procedencia del estilo, de la estructura o de la ideología” (Hodder, 1994:91). Por su parte, el Postprocesualismo crea procesos de interpretación reflexivos y participativos que rompan definitivamente con las dicotomías en virtud de la diversidad de discursos y análisis (Hodder, 1999).

En definitiva, según A. Ruiz Rodríguez, T. Chapa y G. Ruiz Zapatero falta un cuerpo teórico coherente donde se especifiquen la epistemología, la metodología, los objetivos y el propio planteamiento de veracidad. Además, “el impacto de la Arqueología Contextual, con su rechazo del materialismo, su carácter particularista, su pretendido acceso al simbolismo y su defensa de la Historia como factor explicativo, no hace sino permitir a la investigación una vuelta a sus hábitos (defectos) tradicionales, con la justificación de estar a la última moda llegada del mundo anglosajón” (Ruiz, *et al.*, 1988:16).

Por su parte, tal y como sostiene el investigador T.C. Patterson, como ya advertíamos con anterioridad, en la mayor parte de las ocasiones, la Arqueología Postprocesual, trata de “reforzar sus fundaciones fenomenológicas con las apropiaciones acríticas de las perspectivas del Marxismo, Estructuralismo o Antropología Simbólica que son incompatibles teóricamente con sus propios puntos de vistas o cuyas relaciones con ellas son problemáticas y necesitan más exploración y clarificación” (Patterson, 1989:13). Sin lugar a dudas, tal y como sostiene L.F. Bate, el fallo de toda filosofía idealista es querer “buscar un remate final en que todas las contradicciones sean resueltas” (Bate, 1998:37).

Para concluir, tal y como anunciábamos al comienzo del presente trabajo, la segunda mitad del siglo XX está marcada por la idea de globalización y “democracia” de la que la Arqueología Postprocesual es fiel cómplice. Una “democracia” de ricos en donde se cae en la demagogia de querer escuchar todo tipo de voces y tendencias (incluso de marginados, indígenas, feministas,...) cuando, en realidad, tan sólo se tienen en cuenta a las naciones ricas y/o gobiernos de los países subdesarrollados que posean recursos a explotar.

Así pues, se pretende un mundo ideal, construido a partir de una idea de progreso e igualdad de oportunidades disfrazado de neidealismo, eclecticismo, relativismo extremo y conservadurismo. Decimos conservadurismo porque tan sólo acogiendo a todo tipo de corrientes se consigue que todos pensemos que luchamos por unos ideales comunes a la vez que diversos, cuando, en realidad, nadie se opone al sistema establecido y todo permanece en silencio, volatilizado en un mar de opiniones e intereses.

La única luz de esperanza la tenemos en aquellas escuelas coherentes y consecuentes con su pensamiento, que reflexionan por sí mismas, que no se apuntan al carro de “la moda”, y que, en definitiva, no se dejan arrastrar por la “licuadora” del “todo vale” Postprocesualista.

4. El Neolítico visto desde propuestas definidas y típicas de la Arqueología Procesual.

Durante mucho tiempo, el Neolítico ha sido tratado desde múltiples facetas. Siempre se ha entendido la agricultura como una innovación vinculada a la civilización, tras un periodo imbuido de salvajismo y barbarie. De este modo, constantemente nos encontramos con el mismo discurso occidentalista legitimador, en donde los pueblos “civilizados” llevan la cultura a los pobres e infelices subdesarrollados que esperan con ansia un colonizador más desarrollado el cual le ofrezca un mundo mejor del que se ven inmersos.

La dicotomía observada entre lo que normativamente entendemos como Epipaleolítico y Neolítico, en donde, tal y como hemos señalado, el Paleolítico se identificaba con miseria y desgracia, y el Neolítico con civilización y prosperidad, es equiparable precisamente a lo que actualmente observamos entre los países occidentales “democráticos” y “civilizados”; con respecto a los países subdesarrollados “no democráticos” e “incivilizados”, identificados como los “nuevos bárbaros” africanos, latinoamericanos y, sobre todo, musulmanes que amenazan occidente (Fontana, 1999).

Dentro de la historiografía concreta del Neolítico, podemos comenzar diciendo que, de una forma constante, dicha etapa de la Historia ha sido entendida por los investigadores como un fenómeno crucial dentro de la Historia de la humanidad que abarca desde el VIII al III milenio a.n.e. Decimos crucial porque normalmente se ha vinculado con transformaciones en el terreno tecnológico (cerámica, piedra pulimentada,...), de hábitat (semipermanentes en aldeas) y económico (paso de estrategias depredadoras a productoras de alimentos). Así lo vieron autores como Lubbock (1865), quien popularizó el nombre de “Neolítico”, V. Gordon Childe, con su

“Revolución Neolítica”, “Revolución Urbana” y su “Hipótesis del Oasis”: y, por último, R.J. Braidwood, con su “Teoría de la Zona Nuclear”.

Con el tiempo, todas estas observaciones y puntos de vista fueron permutando desde posiciones típicas de la Arqueología Tradicional hasta llegar a una alternativa de la misma: la Arqueología Procesual, con su famosa “Teoría del Desequilibrio”, en donde se sostiene el cambio cultural a raíz de transformaciones exógenas a la propia sociedad. En este sentido, nos encontramos con investigadores como: L. Binford, N. Cohen y K. Flannery que si bien están adscritos a una posición teórica que no compartimos, debemos reconocer su gran labor a la hora de intentar promover un nuevo método de análisis frente a la típica Arqueología Tradicional o Historicismo Cultural.

Entrando ya en materia, recordamos que la Arqueología Procesual lleva intrínseca una concepción sistémica y Procesual de la cultura. En esta línea, el investigador P. Arias Cabal no duda en afirmar que “la profundización en el conocimiento del proceso (o los procesos) de neolitización en el Cantábrico puede ser útil para planteamientos generales sobre la neolitización en su conjunto, y sobre los procesos de cambio cultural en general” (Arias, 1991:20).

Por su parte, K.V. Flannery concibe a la sociedad humana como una clase de sistema vivo conformado por un cúmulo de muchos subsistemas jerárquicos, ordenados de inferiores y más específicos a superiores y más generales. Cada subsistema posee un aparato controlador que mantiene todas las variables del subsistema, determinados, a su vez, por las diversas presiones medioambientales (Flannery,1975).

Siguiendo con el esquema de las características del Procesualismo, nos encontramos con una visión de la realidad, sujeta a la adaptación del hombre al medio. En este sentido, P. Arias siempre aboga por condicionantes externos al propio sistema. Así, el tránsito Epipaleolítico-Neolítico en el Cantábrico se explica como “una aculturación de las comunidades locales por contactos ocasionales con grupos neolíticos de fuera de la región” (Arias, 1991), concretamente desde el Valle del Ebro. Dichos grupos locales se adaptan a las novedades traídas desde el exterior, al igual que lo hacen con la diversidad de biotopos de la región gracias a su “economía de espectro amplio” (Flannery, 1975), la cual P. Arias define como una “economía especializada en la explotación de recursos variados” (Arias, 1991). Dicho modelo, si bien trata de no quitar protagonismo a las comunidades locales, no concibe explicar la transformación en el seno mismo de la sociedad. Se apuesta, así, por un medio extrasomático de adaptación en donde se buscan respuestas a las preguntas fuera de la dinámica de sistemas. Con todo ello, desde este punto de vista, se concibe al ser humano como un ser pasivo, expectante a los cambios que acechan a su alrededor.

Otra de las características de la Arqueología Procesual es que se define en vez de analizar el cambio cultural. En otras palabras, más que explicar cambios, se describen procesos

de transformación. De este modo, Pablo Arias Cabal observa en las comunidades mesolíticas de la fachada atlántica unas muy buenas condiciones de vida gracias a la diversidad de recursos, por lo que da lugar a una resistencia al cambio. Dicha resistencia, unido a las dificultades de adaptarse a nuevas condiciones ambientales, será la nota dominante que caracterice el comportamiento de estas poblaciones.

Por el contrario, en la región cantábrica, dicho investigador observa una continuidad entre el Epipaleolítico y el Neolítico (Arias, 1991). Se sostiene, por tanto, una integración de las actividades productivas en el sistema económico precedente, por lo que no se concibe un cambio cultural, sino una integración de la agricultura y la ganadería en el sistema económico anterior, ampliando así el abanico de recursos (Arias, 1991). Sin embargo, pese a dicha continuidad, Arias Cabal termina por atribuir el cambio de estrategia económica a una cierta desestabilización entre población y recursos (Arias, 1992).

Por su parte, el investigador K.V. Flannery trata de buscar los “primeros motores” mediante los cuales todas las sociedades evolucionan. En este sentido, el incremento demográfico, los intercambios entre los pueblos o regiones con ambientes antagónicos, la competencia y la colaboración; así como las religiones, otros mecanismos medioambientales, etc. podrían ser algunos ejemplos mediante los cuales se pueda describir el cambio de sociedades de bandas a las sociedades tribales. Y es que, según este investigador, el incremento de recursos trae consigo un cambio tecnológico seguido de un incremento demográfico. Todo ello provoca una desestabilización entre recursos y población, provocando así el resultado final, que no es otro sino el cambio cultural (Flannery, 1975).

En conclusión, un cambio hacia el origen de la economía productora no puede deberse más que a un desequilibrio grave entre población y recursos. Contra todas estas propuestas, J.M. Vicent afirma que el tránsito desde el Paleolítico Superior hasta el Neolítico permite transformaciones, no sólo en el orden tecnotipológicos (Arqueología Tradicional) y de subsistencia (Arqueología Procesual); sino además nuevas formas de organización social. Entendemos la realidad como un proceso histórico continuo en el que “las comunidades de cazadores-recolectores más o menos *complejos* del epipaleolítico, no parecen ser muy distintos, en su equipo tecnológico, el tipo de recursos explotado, su forma de ocupación del territorio y posiblemente sus patrones de movilidad, de aquellos clasificados dentro del neolítico antiguo” (Vicent, 1991:42).

En esta misma línea se encuentra el investigador G.A. Clark el cual, bajo una óptica funcionalista de la Prehistoria cantábrica, apuesta de igual modo por una continuidad entre las industrias Azilienses y Magdalenienses Superiores, dando origen a una tecnología funcionalmente sofisticada y especializada (Clark, 1983).

Como podemos observar, se sigue describiendo como podría ser el cambio, si bien el análisis detenido y profundo de lo que pudo llegar a ser está a años luz de todas estas

aproximaciones de análisis y comprensión del cambio cultural. Bajo nuestro punto de vista, dicho cambio cultural debe estar sujeto a contradicciones internas a la propia sociedad (fuerzas productivas y relaciones de producción), no a factores exógenos de la misma, tal y como afirman los arqueólogos procesuales. J. Ramos Muñoz está en la misma sintonía que el anterior cuando hace una defensa a ultranza de la neolitización a partir de criterios como la “enculturación” y el “autoctonismo” *versus* “aculturación” y “difusionismo” (Ramos, 1999).

Continuando con los rasgos claves del Procesualismo, decir que se observa una clara separación de la economía respecto de la sociedad. Sin lugar a dudas, Pablo Arias Cabal le da mucha importancia a la economía. Por ello, siempre trata de analizar la industria de estas sociedades en tránsito, la reconstrucción del paisaje, así como la organización económica de los grupos epipaleolítico y neolítico. Así mismo, para P. Arias, con la llegada del Neolítico, sigue siendo relevante la caza, la recolección, la pesca y el marisqueo, como en etapas anteriores; si bien se incluye la agricultura y la ganadería incipiente (Arias, 1992; Flannery, 1975).

Dicha importancia de la economía que vislumbra una visión materialista de la Historia eclipsa el, no menos importante, papel de la sociedad para un correcto análisis del proceso histórico. Dos criterios de análisis: economía y sociedad, bajo nuestro punto de vista, fuertemente entrelazados dialécticamente, de los que los arqueólogos procesuales no sacan partido, abordándolos como si de dos variables antagónicas se trataran.

En otro orden de cosas, los teóricos vinculados a la Arqueología Procesual abogan por una Arqueología científica, pragmática y positivista. Pablo Arias Cabal, como la mayoría de los arqueólogos procesuales, critica tanto la Arqueología Tradicional, así como la Arqueología Estructuralista o Idealista. Por el contrario, aboga por una Arqueología positivista, científica y pragmática. En este sentido, dicho investigador no duda en separar dentro del registro arqueológico las evidencias materiales de las espirituales. Así, los enterramientos, rituales, pinturas rupestres, etc. quedan aparte al ubicarse dentro del “mundo de las ideas” y no poder demostrarse empíricamente (Arias, 1992).

No obstante, tras este alarde de conseguir una Arqueología Científica, tal y como apuntábamos en el apartado 2, hay ocasiones en que dicho investigador identifica la cultura con el registro arqueológico en sí. En esta misma línea, frases como: “el horizonte de cerámicas impresas”, se acercan más a una visión tradicional que a otra Procesual, aunque dicho autor pretenda todo lo contrario (Arias, 1992).

Desde la Arqueología Social, dichas distinciones son algo estériles, puesto que concebimos tanto el ser social, así como las superestructuras o mundo de las ideas como dos aspectos interrelacionados dialécticamente, dentro del esquema de formación económico y social (Bate, 1998). Por otra parte, tanto el paralelo con otras regiones para tomar cronologías relativas, así como el uso de análisis etnográficos son métodos que están, muy lejos de ser considerados como “científicos”. Si a esto le unimos las hipótesis, algo tradicionales,

difusionistas y aculturadoras, llegamos a la conclusión de que “a pesar del aire de Modernidad que pretenden exponer siguen bien sujetos a criterios de *difusión* y de *aculturación*” (Ramos, 1999:366).

Por último, y para terminar ya con las características del Procesualismo aplicadas al estudio de la neolitización, los arqueólogos procesuales daban una tremenda importancia a la Arqueología Espacial o patrones de asentamiento, ya sea de concheros u de otro rango. En este sentido, P. Arias Cabal sostiene que, durante el Epipaleolítico cantábrico, los yacimientos interiores suponen el centro de la economía y habilidad, mientras que los asentamientos de la costa y montañas servían de complemento económico a los primeros (Arias, 1991; Arias, 1992). Así mismo, la mayoría de las localizaciones se ubican en las zonas de paso y de contacto, en función de un sistema económico de espectro amplio al que se somete estas sociedades. Por el contrario, durante el Neolítico, se prefiere colonizar las áreas de montaña con campamentos-base, además de otras zonas con campamentos especializados (como la costa) con el fin de acceder a una serie de recursos más variados (Arias, 1991).

En este sentido, G.A. Clark no duda en afirmar la existencia en Cantabria de yacimientos azilienses al interior, así como de concheros asturienses costeros. Ambos se ocupaban, de un modo estacional, tanto en invierno como en verano respectivamente (Clark, 1983).

Desde la propuesta de la Arqueología Social, el investigador J. Ramos Muñoz asevera, refiriéndose a las poblaciones epipaleolíticas, que son las “variantes en modos de vida, con complementación de la explotación de recursos estacionales, los que explican la funcionalidad de los asentamientos especializados en caza al interior y en pesca-marisqueo en la costa. En ambos casos existía un gran complemento en la recolección de vegetales y frutas” (Ramos, 1999:364).

Para concluir, tan sólo decir que el tránsito de una formación económico social depredadora a otra productora de alimentos implica una inversión de trabajo, un almacenamiento, descenso de las retribuciones con los vecinos, excedentes y, a la larga, apropiación de dichos excedentes acumulados. Es más, el origen de la agricultura coincide con el origen de las desigualdad social, apropiaciones, territorialización y la poca solidaridad entre grupos (Vicent, 1991).

En definitiva, cuando hablamos de transformaciones en el modo de producción cazador-recolector al campesino nos referimos, no sólo a cambios en la producción, sino también en las relaciones sociales que ésta determina (Vicent, 1991). En esta misma línea está J. Ramos cuando sostiene que el Neolítico dará lugar al modo de producción agropecuario que genera, así mismo, los cambios en la tecnología, modos de vida y superestructura ideológica (Ramos, 1999).

5. El Neolítico como símbolo y dualidad. Recientes propuestas en la Arqueología Postprocesual.

El tránsito de sociedades basadas en la economía depredadora (caza y recolección) hacia la economía de producción (agricultura y ganadería), no deja indiferentes a los investigadores que adoptan la Arqueología Postprocesual como corriente teórica de pensamiento.

Los arqueólogos postprocesuales calibran este proceso como un cambio de pensamiento, antes que económico. Por tanto, se incide fundamentalmente en el contenido simbólico del Neolítico como medio para inferir un “hipotético” pensamiento o raciocinio del espacio por parte de nuestros antepasados. Así mismo, a tenor del llamado “Modelo Dual” se observa una clara dicotomía entre poblaciones, normativamente llamadas “mesolíticas” (“salvajes”), con respecto a las “neolíticas” (“domésticas”).

Dentro de la “Arqueología Idealista” y “Neo-Idealista”, podemos destacar a autores especialistas en el tema, como pueden ser: T. Ingold y F. Criado para el Estructuralismo, en donde se puede observar una reciprocidad y simultaneidad de las instancias simbólicas y productivas, partiendo de la prioridad de las primeras; así como, investigadores de la talla de I. Hodder, J. Thomas, A. Whittle y R. Bradley para el Neoidealismo en donde se atiende, casi exclusivamente, al plano simbólico, con atención especial al individuo como único agente.

Como es lógico, a lo largo de la Historiografía vinculada al neolítico, existe una amplia variedad de interpretaciones acerca del origen de la domesticación en Europa. Entre ellas destacamos por un lado, el Modelo de “la frontera Agrícola”, la cual se corresponde con un difusionismo, dentro del cual podemos encontrar con el llamado “Modelo de ola de avance” (años 70 y 80) con Ammerman y Cavalli-Sforza como pioneros; la “Colonización Pionera” (años 80) con Dennell como máximo exponente; y, por último, el “Modelo de Disponibilidad” (años 80 y 90) cuyos seguidores incondicionales son Zevelebil, Dolukhanov y Rowley-Conwy; y, por otro lado, el Modelo “percolativo” o “capilar”, en donde se reconoce a los pobladores mesolíticos como protagonistas del cambio dentro de la propia sociedad, estableciendo un filtro mediante el cual dichos pobladores son protagonistas a la hora de adoptar sus propias transformaciones e innovaciones tomadas de los “colonizadores” neolíticos.

Para el caso de la Península Ibérica, resaltar la incidencia del “Modelo Dual”, con Fortea, Martín, Bernabeu, Juan-Cabanilles, etc. como máximos exponentes españoles, en donde tal y como sostiene A. Hernando, “por un lado asumen la expansión demográfica de poblaciones agrícolas en forma de frente de avance, pero por otro, empiezan a tener ya en cuenta a la población mesolítica la que ese frente de avance iría encontrando, asumiendo determinadas modificaciones introducidas por la interacción entre estos grupos de agricultores y las poblaciones indígenas” (Hernando, 1999:78). Todo lo expuesto viene precedido por el incremento de evidencias de perduraciones mesolíticas descubiertas por Martín Oliver,

Bernabeu, Fortea y Guilaine durante los años 70. En este sentido, decir que dicho Modelo Dual también lo siguen investigadores de reconocido prestigio a nivel mundial, tales como, los ya mencionados Hodder, Whittle y Bradley.

En definitiva, la Arqueología Postprocesual pretende en todo momento romper dicotomías e integrar diferentes y antagónicas posiciones teóricas; así como corrientes de pensamiento (Estructuralismo, Marxismo, Teoría Crítica,...), cayendo como veíamos, en un claro eclecticismo, relativismo extremo y neoidealismo.

Pues bien, recordar que la Arqueología Postprocesual rechazaba la oposición entre lo material y lo ideal aunque, en realidad, le proporcionaba una lógica prioridad al contenido significativo y simbólico sobre el puramente material (Criado, 1989; Ingold, 1980; Bradley, 1998).

En este sentido, para F. Criado, a la hora de hablar de tránsito hacia el Neolítico, prefiere hablar de cambio de pensamiento o modificación de los conceptos de tiempo y espacio. Así, para Criado, la verdadera "Revolución Neolítica", no debemos buscarla en la invención de la agricultura y la ganadería sino que, por el contrario, la encontramos a partir de la construcción megalítica del paisaje, dando lugar a una domesticación simbólica del mismo. En suma, la construcción de un paisaje social a través de elementos artificiales supone una complejidad social y, en definitiva, un cambio en el patrón de racionalidad espacio-temporal (Criado, 1993b).

Decimos que la Arqueología Postprocesual tiende a hablar de megalitismo desde el punto de vista simbólico. Sin embargo, en este sentido, ni siquiera se menciona la apropiación no igualitaria de excedentes, ni de los medios de producción (la tierra en este caso) ni tampoco de que el origen de la agricultura es, sin lugar a dudas, el germen de la propiedad privada, así como de las desigualdades sociales (Vicent, 1991). Así mismo, las impresionantes construcciones megalíticas se observan tan sólo como elementos que encierran un significado simbólico en el seno del paisaje sin reflexionar por ejemplo sobre la tremenda inversión de trabajo social unido al origen de las diferencias de clase que provoca la construcción de estos monumentos de piedra (Ramos, y Giles, 1996). De esta manera, el objeto de estudio debe ser el análisis del modo de producción agropecuario en el seno de las sociedades tribales. Así, el fenómeno del megalitismo, y por tanto de las desigualdades sociales, es el final de un proceso que comienza con el origen de la economía de producción (la verdadera "Revolución Neolítica") y que aún hoy día no ha llegado a su fin.

Por su parte, sobre dicha intención de no ruptura entre lo material y lo ideal, I. Hodder, también se pronuncia aquí diciendo que tanto en el "salvajismo", así como en la "domesticación" "the structure is as much social, economic, and practical as it is symbolic" (Hodder, 1990a:99).

En cuanto al autor J. Thomas constituye la culminación del Neoidealismo Postestructuralista. Y es que, para este autor, el Neolítico viene a ser un sistema conceptual el cual sirve para ordenar el mundo a través de una serie de oposiciones, tales como: nosotros/ellos, dentro/fuera, cultura/naturaleza, doméstico/salvaje, orden/desorden, etc. (Thomas, 1988).

En definitiva, en el 5000 a.C. Whittle observa un mapa alterado, así como numerosas e importantes transformaciones en todos los sentidos que dieron origen a una “perspectiva mental nueva” (Whittle, 1998:168).

Con relación al papel activo del individuo en la sociedad, así como en el análisis de lo particular sobre lo general, decir que en este proceso de domesticación de la naturaleza, I. Hodder sostiene que el individuo tiene un papel predominante en el seno de la sociedad (Hodder, 1990a). En esta misma línea, le da una importancia primordial a lo privado y particular sobre lo público y general. Por poner un ejemplo, en el yacimiento de Chatal Hüyük, se dedica a definir la distribución, así como los diferentes espacios funcionales de las diferentes casas. En definitiva lo que de veras le interesa es el hecho de pensar en este espacio como un reflejo del proceso de domesticación (Hodder, 1990a).

Atendiendo a esta relación entre lo público y lo privado, lo general y lo particular,... desde los parámetros propios de la Arqueología Procesual se piensa que Hodder se sirve siempre de una “Arqueología de los Ejemplos” ideales para corroborar sus hipótesis, como el caso del reiterado estudio de yacimientos como Chatal Hüyük. Se pretende con ello demostrar que la cultura está significativamente constituida y que los símbolos constituyen los elementos más importantes dentro del registro arqueológico (Ruiz, *et al.*, 1988).

Recordar que la metodología más comúnmente utilizada por la Arqueología Postprocesual para llevar a cabo sus planes son tanto la Arqueología Contextual o de la Percepción; así como la Hermenéutica o atender al contenido significativo-simbólico del registro material. De este mismo modo, F. Criado se sirve de la “Arqueología del Paisaje” o “Arqueología de la Percepción” con la intención de reconstruir como era percibido el medio y el espacio social por las sociedades pretéritas (Criado y Villoch, 1998). En este sentido, tal y como podemos apreciar, tanto la agricultura así como la recolección están consideradas como dos estrategias de una misma racionalidad, definido como una “actitud participativa”; frente a la “actitud pasiva” de los cazadores, así como la “actitud destructiva” del Estado (Criado, 1993a; Bradley, 1998). En definitiva, para Criado, la “Revolución Neolítica” supone la apropiación plena de la naturaleza (lo que conocemos por Neolítico Medio-Final), acontecida con la transformación del paisaje a través del megalitismo que supondría, asimismo, un cambio de mentalidad. Este es el patrón fundamental a través del cual se diferencian las sociedades primitivas de las sociedades campesinas.

En este sentido, Hodder sostiene que en Europa, al igual que F. Criado, e incluso A. Whittle, existen diferentes niveles de complejidad, en función del impacto de los monumentos sobre el paisaje. Por tanto, en Europa podemos observar unas diferencias bien marcadas en el paisaje entre el Mesolítico (lo “salvaje”) y el Neolítico (lo “domesticado”), así como la lenta pero efectiva domesticación de aquella por esta (Hodder, 1990a).

Desde una visión propia de la Arqueología Procesual, decir que autores como A. Ruiz, T. Chapa o G. Ruiz critican el hecho de que muchos de estos ensayos contextuales, se refieren a la etnografía o Arqueología histórica con objeto de llegar a las dimensiones psicológicas y emotivas del individuo (Ruiz, *et al.*, 1988).

Para el investigador postprocesual Bradley, el contacto con comunidades neolíticas hace que las poblaciones mesolíticas cambien su visión del mundo para poder crear mecanismos de dominio del espacio (monumentos). De tal modo que “the adoption of new beliefs as well as the adoption of new techniques” (Bradley, 1998:34).

Según F. Criado, un ejemplo claro de esta contraposición entre el paisaje salvaje y el domesticado lo tenemos en la Sierra de O Bocelo. En dicha Sierra, nos encontramos con áreas en donde habitaron grupos de paleolíticos y epipaleolíticos que coinciden con las áreas de enterramiento megalítico. En este sentido, podemos observar una continuidad en el asentamiento puesto que las sociedades paleolíticas y epipaleolíticas utilizan elementos naturales de visibilidad y racionalización del espacio (como cuarzos), mientras que, con posterioridad, las sociedades megalíticas se dedicarían a la construcción de elementos artificiales (túmulos) en el mismo espacio (Criado y Vaquero, 1993).

Frente a este interés por el mundo funerario, no podemos separar el mundo de los muertos del mundo de los vivos. Este hecho lleva consigo un análisis pormenorizado del contexto espacial, no para realizar inferencias de carácter simbólico o significativo sino para conocer, en toda su magnitud, aspectos relacionados con sus modos de producción, modos de vida y modos de trabajo, todo ello de vital importancia para el análisis de la formación económico-social concreta a estudiar.

Con relación a la pretendida vuelta de establecimiento de lazos entre la Arqueología y la Historia decir que, para los postprocesuales, la Arqueología está irremediamente sujeta a la Historia.

De esta manera, según A. Hernando, el “Modelo Dual”, tan compartido por todos los autores postprocesuales, contrapone, como veníamos diciendo, las sociedades salvajes cazadoras-recolectoras (sustrato indígena epipaleolítico) a las sociedades civilizadas agricultoras y pastoras (portadoras de las innovaciones neolíticas); los cuales se corresponden con los países no democráticos y democráticos de la actualidad. Tal y como dice la autora, “quizás vaya siendo hora de dar protagonismo a los grupos del Epipaleolítico y dejar que hablen” (Hernando, 1999: 293).

Esta última frase refleja claramente el interés de esta corriente por recoger todo tipo de opiniones, incluso de los menos favorecidos. En este sentido, la justicia en un mundo globalizado en el que vivimos, no se consigue tan sólo con ese "...dejar que hablen" refiriéndose a los marginados. Por el contrario, estamos ante una situación más difícil y compleja de lo que *a priori* se piensa cuyas soluciones deben ser buscadas en el seno mismo de la estructura económica y no con el simple diálogo entre políticos cómplices de una misma realidad.

Dentro de estas ansias por volver al pasado, nos encontramos con autores como Hodder los cuales identifican la Cultura Material con la sociedad en sí, tal y como sucede con la Arqueología Tradicional o Normativa. En este sentido, nos encontramos con términos como por ejemplo "The Corder Ware",... (Hodder, 1990a). Este deseo por parte de los arqueólogos postprocesuales por el hecho de que la Historia vuelva a tener un papel destacado dentro de la Arqueología, se ve muy bien reflejado en investigadores como A. Whittle. En este sentido, a la hora de hablar de la "Revolución Neolítica", continúa defendiendo una postura difusionista de movimientos de pueblos desde el Próximo Oriente (7000 a.C.). A partir de dicho núcleo, las sociedades agrícolas y ganaderas, portadoras de un "paquete" de innovaciones, colonizarán y realizarán una labor de aculturación en las poblaciones autóctonas de Europa (Whittle, 1998).

En definitiva, con lo visto hasta el momento, se intenta "vender" la idea de que la Arqueología Postprocesual anglosajona supone un cambio revulsivo en el seno de la teoría arqueológica, cuando en realidad es un proyecto que poco o nada tiene de original. Y es que esta defensa a ultranza de la domesticación de lo "salvaje" bien nos recuerda a aquellos mapas llenos de flechas y leyendas en donde se marcaba un único centro originario de la agricultura y ganadería, a partir del cual se abrían un sin fin de destinos (futuras colonias "civilizadas") como si de paradas obligadas de metro se trataran.

En otro orden de cosas, tal y como venimos repitiendo hasta ahora, el binomio religión-ideología tiene un lugar muy destacado en el esquema conceptual de la Arqueología Postprocesual, por encima de los aspectos estructurales.

Desde parámetros de la Arqueología Social se piensa que durante el Neolítico existe, en el trasfondo, los llamados "medios de coerción" (fuerza y/o manipulación ideológica) que hace posible que el modo de producción agrícola sea socialmente aceptable para legitimar la apropiación de los medios de producción (Vicent, 1998). No obstante, creemos que la supremacía la ostenta la estructura económica, mientras que la superestructura ideológica tan sólo legitima la realidad contradictoria, al tiempo que es flexible a los cambios y transformaciones de aquella.

Como era de esperar, la Arqueología Postprocesual no comparte dicha supeditación de la instancia simbólica a la estructura económica. En opinión de F. Criado, los megalitos llevan intrínsecos una función social, territorial y, además, constituyen "expresiones de un sistema de

ideología-poder” (Criado, 1989:77). Así pues, es este un discurso político, en donde Occidente define lo “salvaje” para definir y legitimar lo civilizado (Criado y Villoch, 1998).

En este sentido, para I. Hodder, la “domesticación” no es un simple proceso biológico y tecnoeconómico, tal y como defiende la Arqueología Procesual, sino una idea que lleva intrínseco un “discurso de dominación” y/o una “metáfora política”. Para Hodder, el proceso de domesticación supone un método de control social y dominio de la naturaleza. Siempre se observa el cambio cultural motivado por un nuevo idioma de poder, o lo que es lo mismo, por un nuevo aparato significativo (Hodder, 1990a).

El investigador Bradley termina recordando que “the rapid expansion of farming in many different part of Europe may have been facilitated by ideological change” (Bradley, 1998:161). De esta manera, Bradley no duda en plantear una frontera en Europa, en donde los constructores de megalitos influyen sobre los no constructores en forma de aculturación.

Del mismo modo, J. Thomas observa el Neolítico en términos de ideología y religión. Llega incluso a hablar del “Neolithic world-system” como si lo identificara con el modo de producción capitalista y el denominado “Sistema Mundo”. En este sentido, hace un claro paralelismo entre la expansión de la domesticación en Europa con la expansión del sistema capitalista actual (Thomas, 1988), cosa que no hace por ejemplo I. Hodder. Por su parte, el profesor Hodder critica la “Arqueología Fenomenológica” de autores como Shanks, Tilley o el propio Thomas, a los cuales achaca la ilusoria pretensión de intentar proyectar el presente al pasado (Criado y Villoch, 1998).

En este sentido, tal y como sostiene los investigadores V. Lull, R. Micó y M. Picazo, “es raro encontrar en los textos de Hodder referencias al tipo de Arqueología que auspicia el capitalismo o la ideología liberal en general, a la política arqueológica de su país y a la relación de ésta con la reflexión teórica” (Lull, *et al.*, 1990:468). Lo que demuestra el tinte conservador que encierra en el fondo el pensamiento de I. Hodder.

En fin, resumiendo podemos decir que todos los arqueólogos postprocesuales comparten la idea de que el Neolítico supone un verdadero punto de inflexión acontecido en virtud de la difusión y/o transmisión de una nueva concepción del mundo; así como de una nueva ideología más “próspera” y “civilizada”, cuando en realidad nos encontramos con más de lo mismo.

6. Una visión crítica desde la Arqueología Social.

A lo largo del presente trabajo hemos realizado un recorrido por las diferentes corrientes teórico-metodológicas actuales con el fin de aplicarlas al estudio del tránsito de sociedades de bandas de cazadores-recolectores hacia sociedades tribales.

En dicho repaso, hemos optado por prescindir de la Arqueología Normativa, Histórico-Cultural o, también denominada Arqueología Tradicional. Ello se debe fundamentalmente porque pensamos que dicha corriente de pensamiento es incapaz de ofrecer explicaciones y alternativas en el terreno de lo económico-social, clave para el análisis de las formaciones económico-sociales. Por el contrario se limita al estudio morfo-descriptivo de artefactos, los cuales se identifican con las sociedades concretas que los fabrica.

Con relación a la Arqueología Procesual y Postprocesual, creemos que tampoco nos prometen un futuro muy alentador que nos procuren formular alternativas conceptuales para el análisis del pasado. Si bien en la Historiografía nos hacen creer en un cambio revulsivo, respecto del Procesualismo, con la entrada en el plano teórico-metodológico de la Arqueología Postprocesual, lo cierto es que no supone para nada una ruptura o lo que es lo mismo, no aporta nada nuevo en el terreno teórico-metodológico.

Una vez más afirmamos que la Arqueología para nada es inocente. Y es que toda corriente teórica o de pensamiento, es consecuencia directa de la realidad política, económica, social y cultural de donde germina. Así, tanto el Procesualismo como el Postprocesualismo, constituyen las dos caras de una misma moneda. Ambas posiciones responden a los movimientos culturales denominados: Modernidad y Postmodernidad, respectivamente caracterizados por defender un punto de vista anglosajón conservador, propio del modo de producción capitalista y/o neoliberal del que emanan y en el que aún nos vemos envueltos. Si bien el Procesualismo se vincula con un primer estadio dentro de dicho modo de producción, mientras que el Postprocesualismo hace lo propio con un capitalismo ya tardío.

Formalmente son explicaciones muy distantes, casi opuestas, en donde, mientras que la Arqueología Procesual habla de adaptación del hombre al medio, evolución tecno-económica, positivismo, objetividad, cientificismo,...; la Arqueología Postprocesual aboga por el cambio de pensamiento, evolución del raciocinio de las sociedades, subjetivismo, idealismo, eclecticismo,... todo ello sazonado con ideas que nos recuerdan a la Arqueología de principios de siglo, tales como: evolucionismo cultural aplicado al tránsito de comunidades “salvajes” paleolíticas hacia los “civilizados” neolíticos, difusionismo, traslado de pueblos, identificación de los artefactos con la cultura material, fósil-guía,... (Flannery, 1975; Criado, 1989; Straus, 1983; Hodder, 1990a; Whittle, 1998).

De esta forma, sendas corrientes de pensamiento son portadoras de discursos que legitiman y justifican a dicho modo de producción, lo que denota intrínsecamente que tanto uno

como el otro analicen el proceso de cambio histórico desde un punto de vista conservador. Es decir, al tiempo que la Arqueología Procesual lo ve como un proceso de adaptación por parte de los individuos en concreto; la Arqueología Postprocesual defiende dicha transformación partiendo del mundo de las ideas.

En otras palabras, la importancia de los nuevos adelantos técnicos y metodológicos en arqueología va unido en el fondo, a un deseo de no ruptura con el pasado, así como a la idea de que es inútil luchar por una vida mejor. En este sentido, mientras que el Procesualismo sostiene la afirmación de que “hay que adaptarse” siempre a los tiempos que corren; para el Postprocesualismo, es necesario luchar y transformar el mundo, aunque siempre desde el pensamiento, sin dejar que la teoría se plasme en la realidad misma.

En definitiva, lo cierto es que si bien en el terreno de lo formal se muestran contrarios, mostrándonos una aparente transmutación en el discurso explicativo, véase: materialismo mecanicista (Procesualismo) *versus* neoidealismo relativista (Postprocesualismo); en realidad el contenido mismo y estructura interna de ambas corrientes teóricas expresan claramente ideas encubiertas idénticas, las cuales responden a intereses conservadores, moderados o de derecha. Todo ello nos hace recapacitar sobre la urgente necesidad de impulsar una renovación que de lugar a la formulación de innovaciones en el terreno teórico-metodológico.

Nosotros, desde una posición teórica clara como es la Arqueología Social, pretendemos el estudio de una serie de categorías conceptuales que para nada son estáticas, sino que por contra están vivas, se van transformando dentro de un discurso teórico-metodológico coherente, gracias a una continua valoración y autocrítica. Dichas categorías de partidas son: la formación económico-social, modo de producción y cultura. Del mismo modo, nos ocupamos de analizar el cambio de una formación económico-social a otra en base a las contradicciones suscitadas en el seno de la estructura económica (concretamente entre fuerza de trabajo y relaciones de producción), y no desde el ámbito de la superestructura ideológica. Por tanto, al contrario del materialismo mecanicista del Procesualismo, y del idealismo Postprocesual; pensamos que todo cambia, todo se transforma, nada permanece. Por todo ello creemos que la realidad está vinculada a un proceso con claro contenido dialéctico.

En este sentido, no concebimos el tránsito de una economía de depredación a otra de producción de alimentos desde un punto de vista adaptacionista o como un cambio de pensamiento; sino que, por el contrario, observamos contradicciones en el seno de la propia formación económico-social de las últimas sociedades cazadoras-recolectoras. Dichas contradicciones se manifiestan en la clara precariedad endémica vinculada a las sociedades de bandas, unido a problemas en la reciprocidad, tanto dentro como fuera del grupo. Estas circunstancias invitan a reflexionar sobre la búsqueda y posterior aplicación de nuevas estrategias en el terreno socioeconómico que posteriormente se reflejarán en el plano superestructural dentro de la formación socio-económica tribal.

No podemos concluir sin antes romper una lanza a favor de la necesidad imperante de posicionarse teóricamente antes de la realización de cualquier proyecto o estudio arqueológico. Sin lugar a dudas, hoy por hoy se consideran “avances”, no al hecho de buscar nuevas categorías conceptuales en Arqueología, sino a las innovaciones técnicas procedentes de otras ciencias y/o disciplinas “auxiliares”. Dicho interés porque no haya avances en el plano teórico-metodológico, porque nada cambie y, en definitiva, porque todo permanezca “atado, y bien atado ayuda a mantener el estado conveniente de las relaciones sociales existentes hoy día” (Estévez, y Vila, 1998:192).

Para terminar, en opinión del investigador M. Gándara, no se observa en la Arqueología contemporánea una alternativa mejor ante este aparente y tan pregonado “derrumbamiento” del marxismo. Y es que ni la Arqueología Procesual ni la Arqueología Postprocesual han dado muestras de ser posiciones teóricas lo suficientemente congruentes como para abanderar el panorama teórico-metodológico en Arqueología. Como muy bien afirma este autor, lejos de una postura dogmática, “la luz de una vela podrá ser poco intensa, frágil, titubeante y localizada, y habrá fallado a veces: pero es mejor que la oscuridad. Y si esta visión no es satisfactoria, lo único que pido para abandonarla es ver una alternativa mejor” (Gándara, 1993:20).

7. Bibliografía.

- ABELLAN, J.L., 1994: *Ideas para el siglo XXI*. Ensayo. Libertarias/Prodhufo. Madrid.
- ANDERSON, P., 1998: *Campos de batalla*. Anagrama. Barcelona.
- ANDERSON, P., 2000: *Los orígenes de la Posmodernidad*. Anagrama. Barcelona.
- ARIAS CABAL, P., 1991: *De cazadores a campesinos. La transición al neolítico en la región cantábrica*. Universidad de Cantabria. Santander.
- ARIAS CABAL, P., 1992: “Estrategias económicas de las poblaciones del epipaleolítico avanzado y el neolítico en la región cantábrica”. *Elefantes, ciervos y ovicápridos. Economía y aprovechamiento del Medio en la Prehistoria de España y Portugal*. Universidad de Cantabria, pp. 163-184. Santander.
- ARTEAGA, O., 1995: “Paradigmas historicistas de la civilización occidental. Lo fenicios en las costas mediterráneas de Andalucía”. *Spal*. pp. 131-171. Sevilla.
- BATE, L.F., 1998: *El proceso de investigación en Arqueología*. Crítica. Barcelona.
- BRADLEY, R., 1998: *The significance of monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge. Londres.
- CHOMSKY, N., 1997: *Lucha de Clases*. Crítica. Barcelona.
- CHOMSKY, N., 2002: *11/09/2001*. RBA. Barcelona.
- COLLINGWOOD, R.G., 1952: *Idea de la Historia*. Fondo de Cultura Económica. Méjico.
- CLARK, G.A., 1983: “Una perspectiva funcionalista en la prehistoria de la región cantábrica”. *Homenaje al Profesor Martín Almagro Basch*. pp. 155-170.

- CRIADO BOADO, F., 1989: "Megalitos, espacio, pensamiento". *Trabajos de Prehistoria* 46, pp. 75-98. Madrid.
- CRIADO BOADO, F., 1993a: "Límites y posibilidades de la arqueología del paisaje". *Spal* 2, pp. 9-55. Sevilla.
- CRIADO BOADO, F., 1993b: "Visibilidad e interpretación del registro arqueológico". *Trabajo de Prehistoria* 50, pp. 39-56. Madrid.
- CRIADO BOADO, F., y otros, 1991: *Arqueología del Paisaje. El área de Bocelo-Furelos entre los tiempos paleolíticos y medievales (Campañas de 1987, 1988 y 1989)*. Xunta de Galicia. Santiago de Compostela.
- CRIADO, F. y VAQUERO, J., 1993: "Monumentos, nudos en el pañuelo. Megalitos, nudos en el espacio: Análisis del emplazamiento de los monumentos tumulares gallegos". *Espacio, tiempo y forma*, Serie I, Prehistoria y Arqueología 6, pp. 205-248.
- CRIADO, F. y VILLOCH, V., 1998: "La monumentalización del paisaje: percepción y sentido original en el megalitismo de la Sierra de Barbanza (Galicia)". *Trabajos de Prehistoria* 55, nº1, pp. 63-80. Madrid.
- ESTÉVEZ, J., y VILA, A., 1998: "Tierra del Fuego, lugar de encuentros". *Arqueología Americana* 15, pp. 187-219. Costa Rica.
- ESTEVEZ, J. y VILA, A., 1999: *Piedra a piedra. Historia de la construcción del Paleolítico en la Península Ibérica*. Bar Internacional Series 805. Oxford.
- FLANNERY, K.V., 1975: *La evolución cultural de las civilizaciones*. Cuadernos Anagrama. Barcelona.
- FONTANA, J., 1999: *Historia: análisis del pasado y proyecto social*. Crítica. Barcelona.
- FUKUYAMA, F., 1992: *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta. Barcelona.
- FUKUYAMA, F., 2001: "Seguimos en el fin de la historia". *El País*. Domingo 21 de Octubre de 2001.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1993: "El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social". *Boletín de Antropología Americana* 27, pp. 5-27. Méjico.
- GÁNDARA VÁZQUEZ, M., 1994: "Consecuencias metodológicas de la adopción de una ontología de la cultura: una perspectiva desde la arqueología". *Metodología y cultura*. Colección Pensar la Cultura, CONACULTA. Méjico.
- GUTIERREZ LLORET, S., 1997: *Arqueología. Introducción a la historia material de las sociedades del pasado*. Publicaciones de la Universidad de Alicante. Alicante.
- HERNANDO GONZALO, A., 1994: "El proceso de neolitización, perspectivas teóricas para el estudio del neolítico". *Zephyrus*, XLVI.
- HERNANDO GONZALO, A., 1999: *Los primeros agricultores de la Península Ibérica*. Síntesis. Arqueología Prehistórica 2. Madrid.

- HERNANDO GONZALO, A., 2002: *La Arqueología de la Identidad*. Akal/Arqueología. Madrid.
- HODDER, I., 1987: "La arqueología en la era post-moderna". *Trabajos de Prehistoria* 44, pp. 11-26. Madrid.
- HODDER, I., 1990a: *The domestication of Europe. Structures and Contingencies in Neolithic Societies*. Basil Blackwell. Oxford.
- HODDER, I., 1990b: "El debate español sobre la Arqueología Contextual". *Trabajos de Prehistoria* 47, pp. 379-382. Madrid.
- HODDER, I., 1994: *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Edición ampliada y puesta al día. Crítica. Barcelona.
- HODDER, I., 1998: "Trazando el mapa del pasado postmoderno". *Trabajos de Prehistoria* 55, nº1, pp. 5-17. Madrid.
- HODDER, I., 1999: *The archaeological process. An introduction*. Blackwell Publishers. Baskerville.
- INGOLD, T., 1980: *Hunters, pastoralists and ranchers: reinder economies and their transformations*. Cambridge Univ. Press. Cambridge.
- JAMESON, F., 1996: *Teoría de la Posmodernidad*. Trotta. Madrid.
- JOHNSON, M., 2000: *Teoría arqueológica. Una introducción*. Ariel. Barcelona.
- LULL, V., MICÓ, R., MONTÓN, S. y PICAZO, M., 1990: "La Arqueología entre la insoportable levedad y la voluntad de poder". *Archivo de Prehistoria Levantina*. Vol. XX. p.p. 461-474. Valencia.
- MILLER, D., ROWLANDS, M. y TILLEY, C., 1989: *Domination and Resistance*. One World Archaeology. Southampton.
- PAGÈS BLANCH, P., 1985: *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*. Barcanova. Barcelona.
- PALACIO PÉREZ, E., 2001: "El arte y la complejidad social de los cazadores-recolectores del Tardiglaciar cantábrico". *Nivel Cero* 9, pp. 39-61. Santander.
- PATTERSON, T.C., 1989: "La Historia y las arqueologías post-procesuales". *Boletín de Antropología Americana* 20, pp. 5-18. Méjico.
- RAMOS MUÑOZ, J., 1999: *Europa Prehistórica. Cazadores y Recolectores*. Sílex. Madrid.
- RAMOS, J., y GILES, F., 1996: *El dolmen de Alberite (Villamartín, Cádiz). Aportaciones a las formas económicas y sociales de las comunidades neolíticas en el N.O. de Cádiz*. Servicio de Publicaciones. Universidad de Cádiz. Cádiz.
- RAMOS, J., LAZARICH, M., y otros, 2002: *El asentamiento de El Retamar (Puerto Real, Cádiz). Contribución al estudio de la formación social tribal y a los inicios de la economía de producción en la Bahía de Cádiz*. Servicio de Publicaciones Universidad de Cádiz. Cádiz.

- RUIZ RODRÍGUEZ, A., CHAPA BRUNET, T. y RUIZ ZAPATERO, G., 1988: "La Arqueología contextual: una revisión crítica". *Trabajos de Prehistoria* 45, pp. 11-17. Madrid.
- STRAUS, L.G., 1983: *El Solutrense Vasco-Cantábrico. Una nueva perspectiva*. Centro de Investigación y Museo de Altamira. Monografías, 10. Ministerio de Cultura. Dirección General de Bellas Artes y Archivos. Madrid.
- TRIGGER, B.G., 1992: *Historia del pensamiento arqueológico*. Crítica. Barcelona.
- THOMAS, J., 1988: "Neolithic explanation revisited: the mesolithic-neolithic transition in Britain and South Scandinavia". *Proceedings of the Prehistoric Society* 54, pp. 59-66.
- VICENT GARCÍA, J.M., 1991: "El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas". *Boletín de Antropología Americana* 24, pp. 31-61.
- VICENT GARCÍA, J.M., 1998: "La prehistoria del Modo Tributario de Producción". *Hispania*. pp. 823-839. LVIII/3, 200.
- WHITTLE, A., 1998: "Los primeros agricultores-ganaderos". *Prehistoria de Europa*. pp. 138-168. Crítica. Barcelona.
- ZVELEBIL, M., 1986: *Hunters in transition. Mesolithic societies of temperate Eurasia and their transition to farming*. Cambridge University Press. Cambridge.